

aquello que se le había pedido, sino también aquello que, por ser muy necesario, hacía más falta.

«¡Oh, Señor!... ¡Con qué unción, con qué devoción escribíamos nuestras cartas peticionarias a los Señores Reyes Magos la víspera alborotada de su regocijada fiesta! ¡Con qué emoción escuchábamos el ronco vocear del caracol marino, con el que los hijos de los pescadores llamaban a los regios viajeros! ¡Cuán precipitadamente nos zambullíamos en la cama, temerosos de que, al pasar los Reyes, nos hallasen levantados aún, en cual caso, adiós regalos del año aquél! ¡Cuantos sueños de oro durante la interminable noche aquella!... ¡Y qué ansiedad, qué inquietud, qué temblores al despertar, incorporándonos medrosos, en el lecho, abriendo los ojos, asombrados, oteando la alcoba tibia, el gabinete inmediato, la plancha de cinc de la chimenea, los vidrios del balcón, empañados por la escarcha, a través de los cuales blanqueaba la barandilla, colmada de nieve, como farrada de algodón en rama!... ¡Qué palpitación al colocar nuestra mano sobre los paquetes, presididos por los zapatos de cada uno de nosotros!... ¡Qué desfallecimiento de placer al entrar en posesión de la golosina ansiada, del juguete pedido, del regalito inesperado!... ¡Oh, Reyes, divinos Magos de nuestra infancia; queridísimos Reyes nuestros! ¡Benditos seáis vosotros en todos los niños del mundo y por los niños del mundo todo, durante los siglos de los siglos!...»

«Aquel año»... ¡ay!, aquel año de las Navidades tristes, en las que a nuestra mesa faltó la nuestra llorada mamá, sino todos nuestros parientes: nuestros tíos, nuestros primos, enemistados todos, sin saber nosotros por qué, con nuestros padre; cuyas primeras luces no sirvieron de envoltura al beso de nuestra madre; aquel año de eterna recordación, tímidamente, como si cometiésemos un acto punible, comenzamos a escribir nuestras cartas a los Reyes Magos, como de costumbre, la víspera de su fiesta... Los tres hermanitos, bendecidos por la luz de la antigua lámpara, que acariciaba nuestras cabezas, comenzamos nuestra tarea sobre la mesa del comedor, cubierta con un hule nuevo, que oía lo mismo que las pelotas de goma, y los tres, sí, los tres, empezábamos pidiendo lo mismo a los benditos Reyes: que nos trajesen a nuestra madre; que nos devolviesen a nuestra querida mamá, porque la añorábamos mucho... y porque nos hacía mucha falta también.

Sorprendiéndose en la operación «ella», «ella», nuestra madrastra; la de los ojos inquietos, la de los ojos amenazadores; y apoderándose de nuestras cartas, las rasgó, iracunda—y menos mal, Dios, que que las rompió sin leerlas!—Diciendo:

—¿Dónde van estos zánganos con estas chiquilladas? ¡Ya es viejo Pedro para cabreró!... ¿No sabéis que todo eso de los Reyes son pamplinas?...

«No hay tales Reyes!... ¡Los Reyes son los padres que se rascan el bolsillo; y lo que es peor para vosotros, ¡me parece que se han acabado ya!... ¡Largo a la cama!...»

Con el corazoncito atravesado por el puñal de esta desilusión, acostámonos los tres, mudos, silenciosos... No podíamos dormir... Nos ahogaba el llanto... Para llorar más juntos nos pasamos mi hermanito y yo a la cama de nuestro hermano mayor; y allí, arropaditos los tres, como en casa del ogro devorador de niños los hermanos de Pulgarcito, pensamos, más que nunca, en nuestra pobrecita mamá... ¡Ella era el Rey, nuestro Rey, nuestro querido Rey Mago! ¡El Rey de ensueño, que, con sus besos, nos traía dulces y juguetes, mezclados con aquellas cosas necesarias!... ¡No lo teníamos ya!... ¡No lo tendríamos nunca más!... ¡Nunca!...

El caracol marino, en el que el hijo de unos pescadores soplabá todas sus ilusiones y todas sus esperanzas, dejó de oír, ronco, a los lejos... Nosotros nos vimos absolutamente solos; sin ensueños siquiera; y prorrumpimos en sollozos convulsivos, que estrangulaban nuestras gargantas.

Acudió nuestro padre a ver que nos ocurría y «ella» salió al paso... «No es nada» le dijo, riendo su gracia, celebrando su triple infanticidio... Estos zanguangos, que lloran porque les he dicho que no hay tales Reyes ni tales carneros... ¡Ya son grandes para estas tonterías!... ¡Hay que comenzar a hacerlos hombres!...

Y nuestro padre, con temblores de voz, contestó a la «ogresa»:

—Me parece que sí, que has empezado ya... ¡Y me temo que esta primera lección no han de olvidarla nunca!...

¡No, papá nuestro, no! ¡No la olvidamos nunca!... ¡No la hemos olvidado aún! ¡Na la olvidaremos jamás!... ¡Nos acordaremos de ella siempre, siempre!... ¡Y tendremos buen cuidado de no enseñársela a nuestros hijos!...

VICENTE DIEZ DE TEJADA

## LA GIMNÁSTICA

Los días 6 y 7 se celebrarán dos partidos amistosos entre el primero de la Real Unión Deportiva Albacete y La Gimnástica de Valencia, que por su brillante forma, marcha a la cabeza del campeonato del grupo B, siendo un aliciente la reaparición de Tapia.



## NUESTROS VIAJES

Una vez más hemos salido para continuar nuestras visitas informativas de los pueblos de la provincia; era el día de Reyes y tras el madrugón, que tanto puede en nuestro ánimo el amor a los lectores, nos dejamos caer en un latón que no otra cosa era el Ford en trance de agonía que nos acogió en su seno, de no compararle con un gigantesco y destrozado zapato negro, estábamos en Reyes.

Nos acompañaban el simpático Benito Villena, hijo del pueblo a que nos dirigimos y el no menos simpático Luis Guijarro y entre el trepidar del cansado motor, acordado con el rechinar de muelles y crujir de latas viejas hacen el acompañamiento a la sarta de chistes con que nos apedrea Villena durante el camino; mis párpados se cerraban pesados por el sueño y Villena, no se si amenizado o amenazado con sus terribles chistes.

Al fin llegamos un poco aturdidos, un tanto magullados; el latón de gasolina se desliza presuntuoso por una bien cuidada calle, con el empaque y la importancia de un auto procer, y por último se refrena con la gallardía de un potente hispano; al apearnos, Villena se encara con el zapatón de los muelles rechinantes y le dice muy serio «¡Oiga amigo, esos desplantes en la carretera, en la carretera!»

Fué nuestro primer cuidado, visitar al alcalde y cuando esperábamos encontrarlos con un hombre enjuto de cuerpo y de espíritu, sobrio de palabras y seco de trato, nos sorprendió con su grata presencia un hombre joven, de clara inteligencia y la amabilidad personificada que galante nos atiende y acompaña, ese es don José Pérez Monte, el alcalde de Cenizate. Con él, recorrimos el pueblo visitando cuanto de notable encierra principalmente la iglesia en la que encontramos cosas de verdadero arte.

En nuestra charla nos interesamos por la marcha de aquel municipio y a nuestras preguntas nos responde amable y complaciente; entre las cosas que nos dijo son dignas de citarse las siguientes:

Entre las obras realizadas merece un aplauso el arreglo de la calle principal, antes intransitable, en cuyo arreglo se invirtieron 5.000 pesetas, el mejor elogio de la obra la podría hacer si quisiera y pudiera el aplastante latón de los gastados muelles. El Ayuntamiento tiene en proyecto la traída de aguas para aquel pueblo, que esperan realizar en breve entre otras importantes mejoras y que hay un gran entusiasmo por la Unión Patriótica, pues aquellos vecinos siempre fueron amantes del orden.

Nuestro aparato fotográfico recogió la gracia juvenil de un grupo de guapas muchachitas de aquella villa y poco después nos despedíamos del joven y amable alcalde y volvíamos a sentir la tortura del pestilente latón, de rechinantes y viejos muelles, en que como en un zapato negro y destrozado caímos para nuestro mal el día de Reyes.

E. GONZALEZ

## ASCENDIDO

Recientemente lo ha sido nuestro particular amigo y hermano del regente de esta imprenta, don Antonio Alvarez García, al cargo de Jefe de Pequeña velocidad, que con tanto acierto venía desempeñando ya interinamente.

Con ello se concede una justa recompensa al empleado laborioso y competente, que en todo momento fué apreciado y querido por superiores y compañeros por sus brillantes dotes.

## Sensiblerías de Pirringui

¡REYES!

Ahora que se acerca el día de Reyes mi corazón se colma de añoranzas...

«¡Isla de gracia y de frescura; edad de oro de los niños» ha llamado I. Ramón Giménez a la infancia que fué mía también y la he perdido!

Corazón divino el de los niños, indiferente, ciego por suerte suya ante la vida, que es toda amargura, tan sólo con algunas efímeras satisfacciones y alegrías. Para ellos se acerca un día feliz; día de Reyes.

Los Reyes vienen pero vienen para vosotros solos. Sois los únicos que creéis en ellos.

Llenareis vuestros zapatos de paja como cumplimiento del contrato «paja a cambio de juguetes.» Por la noche pensareis ¿vendrán? ¿se acordarán de mí? Ya veces con vuestra lógica la lógica del niño es formidable—creéis que los «Reyes» no existen que es una cariñosa mentira de vuestros padres.

No, no; debéis creer en los «Reyes» debéis creer que vienen y vendrán. Para el mundo de vuestras bellas quimeras a pesar de vuestra lógica, los Reyes existen.

Sí, de vuestras bellas quimeras, de vuestras puras y sencillas visiones que son «la flor del camino», aquella flor que entre el polvo sencilla y pura se mantiene muy limpia como ejemplo de una vida ejemplar.

Y ahora, va a caer una gota de rocío en el dulce cáliz de esa flor, estremeciéndola en un eterno suspiro de esperanza; de deseo del infinito cielo azul en el que ya empieza a brillar la estrella que guía a los tres Reyes Magos. MANUEL MORA

## Academia de Bellas Artes

El próximo martes día 13 del actual, se reanudarán las clases de dibujo en el Círculo de Bellas Artes.

## RETRASADOS

Por haberse perdido los originales y entorpecido por consiguiente la llegada de los fotograbados, nos vemos precisados a sacar este NÚMERO con varias fechas de retraso.